

Da Previa

¿DESCONFIANZA MARITAL?

- La tarifa básica sería, en su caso, de setenta euros la hora, no habrá complicaciones y en un par de días resolvemos su problema. Garantizado o le devolvemos el dinero. ¿Sí?, de acuerdo, hagamos el contrato. Cien euros por adelantado, y necesitaremos una fotografía de cuerpo entero. Ah, ya la tiene aquí, estupendo. Empezaremos mañana si no hay objeción en contra.

- - -

El montoncito de colillas dispersas, dejadas quemar hasta el filtro, lo atestiguaba notoriamente; había que ser muy tonto para no darse cuenta de que en esta calle concreta, precisamente frente a ese número, un fulano vigilaba a alguien, y más cuando cualquiera de los circunstantes se fijaba en el aspecto pachorrón de un sujeto sentado al volante de tal cacharro con ruedas, una reliquia ancestral, desde la hora del desayuno y con un papelito de impago de la O.R.A. fijado al cristal delantero por la goma de uno de los limpiaparabrisas. El hombretón apenas si movía su redonda figura, acaso para encender otro cigarrillo y abandonarlo a consumirse prisionero en las comisuras de los labios aspirando leves caladas con estudiada parsimonia, o echarse un buche de agua de una botellita, o comerse un dulce envuelto en celofán, las manos descansadas sobre la curva superior de la barriga, la nuca apoyada en el reposacabezas, el semblante adusto cual profesional implicado pendiente de su trascendente tarea; cubriendo los ojos unas gafas tipo Ray Ban que oscurecían lo torvo de sus ojeos soslayados hacia el umbral en el momento que un vecino salía o entraba al portal en cuestión, al pulsar alguien extraño un botón del portero automático.

Federico lo tuvo claro en vivo y en directo, porque desde su balcón en la cuarta planta, justo enfrente, lo distinguía bien: un investigador privado a la caza y fotos de un amante, de una amante, o detrás de algún moroso, o localizando algún hijo o hija de papá escapado del nido dictatorial y echado a volar sin el oportuno aval; lo típico. Porque *poli* no daba la impresión, no cuadraba en las formas, los *secretas* van en dúos, suelen actuar con mayor discreción y pasan más desapercibidos sin posar sus recelos encima de la potencial víctima. Lo mismo disimulaba y el foco de su atención se concentraba en lugar separado, diferente, en uno de los inmuebles aledaños, o quizás en el dueño de la peluquería de señoras del local contiguo, un gay muy guay.

Se decidió por un adulterio, lo más lógico. Tres alternativas se le ocurrieron para tan flagrante despreocupación: a) no era muy ducho, lo cual denotaría una irresponsabilidad anexa incompatible con el empleo y el menda no daba el perfil de novato, con diez o doce trienios a sus espaldas; b) le importaba un huevo que lo descubrieran, porque ni su facha ni el trasto automóvil que conducía

(4)

se encubrían convenientemente en la atención y curiosidad general, daban mucho el cante; c) poner en sospechas a los fulanos involucrados de lo que había por si cambiaban de actitud viéndose acosados y expuestos al escándalo y retornaban al redil de las personas honradas. No debe resultar grato colaborar en los actos de repudio con informes acusadores e imágenes confirmadoras. La tercera le pareció una genialidad de traca, un gesto de servicial voluntad y generoso corazón en el pecho insensibilizado de semejante cazador de infidelidades, pero no resultaba probable, y mucho menos creíble; una chorrada de su imaginación. Se decantó por la segunda y, chinchoso como es, tocapelotas en temas que supuestamente le irían al paio, se dirigió a él para hacerle ver que había sido pillado in fraganti y estaba controlado,

- Se hace larga la espera, ¿eh? —La respuesta impresa en un gesto de resignación mal aliado con la sorpresa, seguida de una mirada asesina por encima del marco de los cristales tintados.

Continuó Federico con el ritmo de sus quehaceres. Ahora iniciaba su trayecto matutino a la sede de la peña futbolística de la que era socio, a tomarse unos vinos con los habituales, charlar y disputar sobre asuntos variados y regresar al domicilio para compartir con su Cloti el condumio diario. Triste vida de un prejubilado *cincuenmuchostón* al que sólo le atraen ya las contadas visitas de hijos y nietos y las victorias europeas de su equipo predilecto. La esposa trabaja a turno partido en una droguería y él, por tanto, es el encargado de realizar las tareas del hogar, preparar la comida, ir a comprar el pan y la leche a la panadería del barrio nada más levantarse y despejarse las pitarras de los lacrimales; en conclusión, un perfecto amo de casa del siglo XXI. Durante cada tarde, de lunes a sábado, de cuatro y media a seis y media, efectúa idéntico ritual esporádicamente interrumpido: café y pacharán con hielo en vaso largo jugado al mus con los compadres asiduos en el bar deportivo; rutina cansina de resolver crucigramas y sudokus del periódico luego hasta la hora de recoger a su Cloti para ir al súper, al cine los viernes con cubatita posterior o simplemente volver juntitos al nido dándose mutuamente el parte de novedades vespertino que casi siempre quedaba en blanco o se emborrionaba de chismorrerías sin interés efectivo. Ella no se llama Clotilde sino María Encarnación; el apodo es un capricho inveterado ya de su época de novios que ella tolera de buen grado antes que el seco María, durante el largo periodo de resaca post enfado, o el Encarna precursor de una tormenta conyugal.

Federico marchaba contento riéndose a hurtadillas del objetivo acechado e ignorado, algún pobre infeliz enfebrecido o un calavera declarado, porque casi siempre suelen ser tíos a los que sus esposas o queridas colocan eventuales sombras de pago para averiguar los, a menudo, líos de faldas rivales. Y, para colmo, enterarse del affaire le saldría por una pasta.

Se disponía a doblar la esquina rumiando sus quisicosas, abstraído.

Él se mostraba tranquilo, su *Cloti* podía estar segura de su rectitud aun a pesar de recientes y pretéritas manías renovadas que rebotaban en el frontón de su paciencia; cosas de la edad, se conso-

laba interiormente, porque ¿adónde iría ya con sus años?, ¿qué tía se encapricharía de su aspecto cascado, convertido su cuerpo de torero espigado en el de un rechonchete picador obsoleto?, ¿qué clase de tía –insistía– lo entendería y aguantaría mejor que ella? Le gustaban las mujeres, por supuesto, y babeaba ante las de bandera hechas y derechas derrochando feminidad y clase, pero no traspasaba los límites prohibidos de esa apetencia instintiva y aceptaba complacido la oportunidad distante de la receptividad de su compañera en alguna mañana de correspondencia dominical, o en esos lances de domador en que, con su insistencia aprendida, doblegaba la obstinación femenina en noches muy espaciadas. Tampoco necesitaba más. No le inquietaba que ella se cobrara sus mosqueos por naderías celosas con morros y abstinencia, sabía esperar la ocasión y agarrarla al vuelo por los pelos; aunque la pintaran calva. Jamás la engañó ni la engañaría en la actualidad; ni lo vislumbraba en el futuro, por muchas *peloterías* que le organizara con o sin razón; lo prometió ante el altar y a su promesa se atenía; satisfecho y feliz por obrar así; podía andar con la cabeza bien alta; como él, porque se fiaba completamente de su lealtad y la limpieza implícita de ambos apellidos. No tenía motivos. Ninguno tenía motivos, que él conociera, si bien ya se sabe que el marido es el último en coscarse de la tostada de una traición. Pero no, imposible. Se considera afortunado y, a falta de pasión ya, le sobra mucho cariño; el sexo representa una comedura de coco que a él, a estas alturas, no le afectaba demasiado.

¿Quién podría ser el destinatario o destinataria de esa inquisición? Repasó uno por uno a los moradores de su edificio: tal vez la rubia del tercero C, una cachonda cuarentona que hacía bufar al sector varonil de la vecindad con sus escotes inmensos y falditas ajustadas; un no rotundo en su defensa; a más de uno que quiso caer en la tentación de camelarla, encandilarla o llevársela a un huerto privativo le soltó dos frescas y la amenaza de contárselo a su Paco, un camionero brutote y poco amigo de tonterías con su palomita, según le contó Cloti de propia confesión; o a la mujer del incauto, cosa todavía peor. Un “tal vez” con abundancia de dudas. Y los demás, pues, nada de nada, gente normalita que no se salía del tiesto; matrimonios jóvenes con hijos o parejas veteranas a las que no integraba en el calificativo de *aventureros sentimentales* o *ligones espontáneos*. ¿El crápula del apartamento de la buhardilla?, ¡bah!, ¿para qué iban a seguir a un tipo de ese jaez?, además, a estas horas trabajaba, así qué... No, se trataría de alguna mujer, lo más razonable. Siquiera de otro bloque..., sí, unos meses antes se comentó por el barrio..., sí, unos cuernos masculinos y una denuncia..., en fin, le resbalaba sobremanera el contenido y su final.

Han transcurrido unos pocos segundos y es entonces cuando el detective desciende del vehículo y lo cierra con el mando a distancia; sin parar de perseguir a F. con la vista arroja el mediado pitillo al asfalto, comprueba el agónico humear en su posición durante una décima y lo apaga aplastándolo con una de las suelas de sus botas vaqueras para recalcar otra vez la vista en el caminar caudencioso, tranquilo, de su breve interlocutor antes de torcer hacia la avenida. Otorgada la ventaja de

esos metros de distancia el investigador se sube las solapas de la cazadora de cuero y avanza deprisa un par de trancos para escupir, tras lanzar un exabrupto audible, al parachoques delantero de un taxi que casi le atropella al cruzar de acera lejos del paso de peatones y se apresta así, algo mosqueado por lo anormal e impropio de su proceder, con el añadido piropo del conductor, a seguir al alma de cántaro de Federico, a indagar en la anodina existencia del inocentón de Federico, un calzonazos en grado sumo en opinión vigente y constante de su mujercita, copiada de la intransigencia de su suegra hacia su suegro, fallecidos tiempo ha, gracias a Dios.

Erramún